

Adiós amigo Antonio

Cuando fui a verle en su lecho donde ya entonces agonizaba casi, entre el dolor que invadía su cuerpo cansado de tantos años, noté que le subía a sus vivos ojillos un hilo de nueva luz. Quiso decirme algo con apenas balbuceos ininteligibles y noté que a la vez hacía ademán de alargarme su brazo para sellar una vez más la amistad con un apretón de manos, que él lo hacía siempre.

Ya sé amigo Antonio –el albarquero, como tú gustabas que te llamasen– que por esos nuevos caminos que el destino te manda recorrer, te hartarás de tropezarte con amigos a quienes volverás a deleitar con tu sonrisa franca y grande, tu nobleza, tu lealtad, tu entrega de amigo de todo el mundo, a riesgo, eso sí, de ser envidiado por algún angelico a quien tendrás que cantar una de tus buenas jotas.

Ayer te dimos, Antonio Martínez Muñoz, el último adiós aquí en la tierra, que no deja de ser un hasta luego, porque seguro que también allí nos encontraremos y formaremos corro, los buenos amigos que aquí hemos sido.

No, no, querido Antonio. No debías habernos dejado aún, que tus ratos en nuestra Casa de Teruel eran muy placenteros y solo Dios sabe cómo los supliremos; que nadie como tú ha tenido esa galanura en el trato, esa fe en nuestras cosas, en lo nuestro, el amor a la tierra, el gran cariño a tu Teruel, a tu Zaragoza, a tu todo Aragón, que tanto y tanto has ensalzado, en tus admirables jotas, en tu emocionante charla hecha poesía.

Todos en esta Casa de Teruel te hemos querido mucho y llevaremos tu recuerdo permanentemente. En nuestras reuniones haremos un hueco para ti, amigo que nos has dejado. Y cuando oigamos nuestra jota, todos, óyelo bien querido Antonio, pensaremos en ti.